

Enactivismo y emoción: una salida a la encrucijada cognitivista*

Enactivism and Emotion: A Way Out of the Cognitivist Crossroads

Andrea Melamed^{†‡}

Resumen

En este trabajo me propongo mostrar cómo es posible abordar el fenómeno emocional sin buscar acomodar o subsumir el fenómeno a partir de los estándares existentes, sino poniéndolos en duda y contribuyendo a que se consolide un campo de estudio de las emociones con legitimidad propia. Mi interés aquí está puesto en ver cómo el estudio de las emociones se podría ver favorecido por esta revolución acontecida en el marco de las ciencias cognitivas, que, entre otras cosas, ha dado lugar a la vindicación de modos alternativos de concebir la mente y la vida en general, constituyéndose de este modo, un nuevo paradigma poscognitivista.

Palabras clave: afecto - cognición - emoción - enactivismo

Abstract

In this paper I intend to show how it is possible to approach the emotional phenomenon without subsuming the phenomenon by following existing standards, but rather by questioning them and contributing to the consolidation of a field of study of emotions with its own legitimacy. My purpose here is to present how the study of emotions could be favored by the revolution that has taken place within the framework of cognitive sciences, which, among other things, has given rise to the vindication of alternative ways of conceptualizing the mind and life in general.

Keywords: affect - cognition - emotion - enactivism

* Recibido: 20 de marzo de 2021. Aceptado con revisiones: 21 de Junio de 2021.

[†] Universidad de Buenos Aires, IIF (SADAF/CONICET). Para contactar a la autora, por favor, escribir a: afmelamed@gmail.com.

[‡] Este trabajo fue realizado en el marco de los proyectos PICT-2019-02605 de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación (AGENCIA I+D+i) y UBACyT 20020170100215BA.

Metatheoria 12(1)(2021); 45-57. ISSN 1853-2322. eISSN 1853-2330.

© Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

© Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Publicado en la República Argentina.

1. Introducción

There were birds in the sky
 But I never saw them winging
 No, I never saw them at all
 Till there was you
 Then there was music and wonderful roses
 They tell me in sweet fragrant meadows
 Of dawn and dew
 There was love all around
 But I never heard it singing
 No, I never heard it at all
 Till there was you.

Meredith Willson

Desde las últimas décadas la investigación en torno a las emociones ha recuperado un lugar central, siendo objeto de interés tanto de la filosofía como de la ciencia cognitiva. Sin embargo, en cuanto a la caracterización general del estado emocional, desde la ciencia cognitiva ortodoxa se han configurado dos grandes perspectivas que, divergiendo en cuanto a cuáles serían los componentes esenciales del fenómeno, han articulado el debate contemporáneo. Así, la perspectiva cognitiva,¹ por un lado, y la perspectiva somática o perceptiva,² por otro, se han presentado como dos modos incompatibles e irreconciliables de concebir a las emociones y en gran medida han obstruido la exploración adecuada del fenómeno emocional.

Son múltiples las razones que confluyeron para que durante mucho tiempo las emociones no recibieran un tratamiento científico adecuado. Su reivindicación como objeto de estudio científico en la segunda mitad del siglo XX implicó la subsunción de la investigación dentro de los estándares y metodologías de la ciencia cognitiva, que su vez condujo a que resaltaran sobre este fondo por su ‘peculiaridad’ –i.e. que se reivindicara su condición específica y diferente de otros episodios propiamente cognitivos–. En este sentido, la discusión se estructuró en torno de su presunto carácter cognitivo o no cognitivo, asumiendo en todos los casos el marco conceptual de la ciencia cognitiva, que marcaba el paso con conceptos claves como los de intencionalidad, representación, evaluación cognitiva, etc. Durante buena parte de la investigación científica reciente acerca de las emociones, combatir los presupuestos del cognitivismo implicó hacerlo dentro de los límites de la ciencia cognitiva clásica u ortodoxa, de modo que negar el conjunto de implicaciones cognitivistas para las emociones, equivalió a tomar posiciones del tipo somático/perceptual. En este contexto, estas posiciones alternativas operaron con el mismo conjunto de nociones cognitivas, a las que debieron imprimirle ciertas deflaciones con el objeto de acomodar los ideales biologicistas/innatistas: así nacen las valoraciones afectivas, valoraciones corporizadas, etc.

Sin embargo, la ortodoxia cognitivista de claro espíritu cartesiano ha sido cuestionada en los últimos años por diversas razones, independientes del estudio de las emociones (Calvo & Gomila 2008,

¹ Entre los principales defensores del enfoque cognitivo de las emociones están Anthony Kenny (1963, 1989), William Lyons (1980), Robert Solomon (1973, 1976), Richard Lazarus (1982, 1984, 1991).

² Entre los principales exponentes del enfoque somático o perceptivo encontramos a William James (1884, 1890), Robert Zajonc (1980, 1984, 2001), Antonio Damasio (1994, 1999, 2004), Jenefer Robinson (1995, 2005) y Jesse Prinz (2004, 2005).

Gallagher 2005, Noë 2004, Noë & Thompson 2002, Rowlands 2010, Stewart Gapenne & Di Paolo 2010, Thompson 2007, Varela, Thompson & Rosch 1991). Así, poco a poco se ha erigido un nuevo campo de confluencia intelectual (no necesariamente homogéneo) que busca poner en tela de juicio algunos de los presupuestos cognitivistas básicos. Ya sea para defender como para rechazar algunas ideas del cartesianismo, lo cierto es que el cognitivismo clásico asume sus premisas y los problemas conceptuales que de ellas emanan: cómo dar cuenta de los vínculos entre dos ámbitos (ontológicos, epistémicos y/o conceptuales) diferentes. Naturalmente, no todo el cognitivismo clásico se declara a sí mismo dualista. La resolución de aquel problema asume diferentes perfiles: en un extremo, el clásico dualismo de sustancias o de propiedades, en el otro, diversas formas de monismo: reduccionista, funcionalista, naturalista, etc. El punto que deseo subrayar es que los debates en torno a la caracterización de las emociones también se han articulado a partir de ciertas dicotomías cartesianas. Mientras los enfoques somáticos se concentran en el cuerpo, y en cómo las alteraciones corporales influyen o se entretajan con la mente, los enfoques cognitivos asumen que deben ocurrir ciertos cambios en la mente en primer lugar, y que son ellos los relevantes para efectuar una adecuada caracterización de las emociones.

En este trabajo me propongo mostrar cómo es posible abordar el fenómeno emocional sin buscar acomodar o subsumir el fenómeno a partir de los estándares existentes, sino poniéndolos en duda y contribuyendo a que se consolide un campo de estudio de las emociones con legitimidad propia: la ciencia afectiva. Así como su pariente más cercano –la ciencia cognitiva–, en la ciencia afectiva confluyen los hallazgos de un conjunto de disciplinas de la más diversa índole (psicología, neurociencia, etología, antropología, filosofía, etc.). Aunque este movimiento teórico no sea exclusivo de la investigación emocional, mi interés aquí está puesto en ver cómo el estudio de las emociones se podría ver favorecido por esta revolución acontecida en el marco de las ciencias cognitivas, que, entre otras cosas, ha dado lugar a la vindicación de modos alternativos de concebir la mente y la vida en general, constituyéndose de este modo, un nuevo paradigma: los enfoques heterodoxos de la ciencia cognitiva. Cabe señalar que la caracterización adecuada de este nuevo paradigma constituye un desafío en sí mismo, en tanto que además posee la dificultad añadida de ser un campo disciplinar en plena expansión. En la sección 2 presentaré, esquemáticamente, los puntos de divergencia fundamentales entre la ortodoxia y la heterodoxia respecto de lo mental. En la sección 3 mostraré de qué manera la investigación emocional podría verse beneficiada en el marco del nuevo paradigma, esto es, si se completara la revolución científica.

2. Percepción, cognición y el cambio de paradigma

Permítaseme recordar la reflexión que Hanson (1971) realiza sobre la imparcialidad de la observación.³ Hay un sentido en el que puede decirse que dos personas que miran una misma cosa “ven lo mismo”, puesto que puede describirse el mismo proceso fisiológico por el cual se forma la misma imagen en sus retinas; también hay un sentido en el que puede afirmarse que esas mismas dos personas “no ven lo mismo”, puesto que ven escorzos diferentes del mismo objeto. Pero existe un tercer sentido, distinto a los dos últimos y por demás interesante, en que dos personas pueden no ver lo mismo frente al mismo objeto, a pesar de que la recepción del *input* en los globos oculares sea idéntica. El ejemplo que utiliza Hanson para dar impulso a su reflexión es la forma en que Tycho Brahe y Kepler ven una misma puesta de Sol. Al afirmar que estos dos científicos pueden ver cosas distintas frente al mismo atardecer,

³ El tratamiento que realiza Hanson remite siempre a las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein (1988) y los diversos trabajos de psicólogos de la Gestalt (por ejemplo, Köhler 1940, 1947).

Hanson no se refiere a la idea de que interpretan de manera distinta las mismas observaciones, debido a que bajo tal perspectiva se encerraría una duplicación de componentes (uno óptico y otro interpretativo). Hanson, basándose en las figuras reversibles con las que los psicólogos de la Gestalt ya mostraban que la observación no era un fenómeno pasivo, intenta mostrar cómo científicos que fueron sometidos a distintos entrenamientos y educación, y que en consecuencia conciben el mundo a partir de teorías distintas, pueden en ocasiones dar lugar a distintas organizaciones en la percepción. “¿Qué puede cambiar? Nada óptico o sensorial se ha modificado, y, sin embargo, uno ve cosas diferentes. Cambia la organización de lo que uno ve” (Hanson 1971, p. 89).

La relevancia de este cuestionamiento de Hanson, en el contexto de este trabajo, es doble: en primer lugar, apunta a marcar cierta diferencia de espíritu entre las perspectivas ortodoxa y heterodoxa –más allá de la discusión interesante, aunque no la profundizaré aquí, acerca de su (in)conmensurabilidad (Kuhn 1970)–. En segundo lugar, en cuanto invita a revisar la noción ‘estándar’ de la percepción, entendida como la recepción pasiva de cierto estado de cosas en el mundo, los estados perceptivos como estados ‘brutos’ que representan en la mente lo que hay en el mundo, y lo hacen de modo transparente; estados que han sido canónicamente opuestos a los estados interpretativos, valorativos, etc. (actividades paradigmáticamente cognitivas).

Una vez que se ha hecho lugar a esta crítica, la percepción en su totalidad debe ser redefinida, perdiendo su transparencia y objetividad, antes características. Una consecuencia inmediata y sumamente interesante, será que concebir a las emociones como percepciones (o sentires⁴ de cambios corporales) ya no implicará de ninguna manera la pasividad del sujeto, ni la homogeneidad o uniformidad, haciendo sencilla la resolución de las objeciones canónicas a las teorías somáticas/del sentir –por ejemplo, las famosas críticas realizadas por Cannon (1927).⁵

Pero antes de entrar de lleno en el ‘nuevo paradigma’ resulta deseable establecer los puntos en los que esta heterodoxia en la ciencia de la mente innova respecto de lo que llamamos el cognitivismo clásico (ortodoxo). A tal efecto, retomaré brevemente algunos de los postulados básicos del cognitivismo clásico. Esta reconstrucción no pretende ser exhaustiva, sino meramente busca poner de manifiesto cierto conjunto básico de compromisos teóricos, de los que se nutre el cognitivismo clásico (a fin de poder oponerlo en las secciones que siguen, a la *nueva ciencia de la mente*).

Siguiendo la reconstrucción que Rabossi (1995) hace de la ciencia cognitiva, como matriz teórica que aglutina a la filosofía (de la mente y del lenguaje), la psicología cognitiva, las neurociencias, la lingüística y la computación, encontramos las siguientes ideas.

1. Sistema cognitivo: Se define a partir de la labor de procesamiento de la información.
2. Procesamiento de información que involucra reglas, elementos simbólicos con propiedades formales y operaciones computacionales (algorítmicas) sobre aquellos.
3. Los elementos simbólicos tienen un carácter representacional.

⁴ Traduzco el término inglés “feelings”, como “sentires”. Algunos han optado por traducirlo como “sentimiento” por ejemplo, la traducción española de Kandel, Schwartz y Jessell (1997), elección que propicia la confusión con el “sentiment”, que es claramente otra cosa –por ejemplo, Prinz (2004 pp. 189-190) se ocupa de ellos–. Otra traducción posible es “sensación”, pero esta traducción tampoco es completamente satisfactoria, puesto que como señala Hacker (2009) las sensaciones son sólo un subtipo o especie del género “feeling”, que también incluye percepciones, afecciones y apetitos como otras subclases. De modo que hablar de sensaciones podría llevar a desatender a las otras subclases de *feelings*. Es por ello, que opté por traducir “feelings” por ‘sentires’, buscando subrayar la raíz semántica “feel”, ‘sentir’, pero evitando su identificación estrictamente ni con sentimientos, ni con las sensaciones (que, entre otras cosas, carecen de intencionalidad).

⁵ Son famosos los experimentos que Cannon como estrategia para exhibir disociaciones entre aquello que James pretendió asociar: emociones y cambios viscerales. Entre los múltiples experimentos que realizaron con animales, hallaron que ellos seguían exhibiendo respuestas emocionales a pesar de haberles extirpado el córtex cerebral; mientras que estas respuestas desaparecían cuando alternativamente se suprimía el hipotálamo.

4. El estudio de los mecanismos cognitivos se da en un nivel de análisis abstracto, el nivel computacional (el *software* de la metáfora computacional).
5. Todo proceso cognitivo abstracto posee asimismo una base física de implementación (el *hardware*) no específica, permitiendo que un mismo algoritmo o proceso computacional pueda implementarse en diversas bases físicas (tesis de la realizabilidad múltiple).

Hay varias maneras diferentes de presentar esta ‘nueva ciencia de la mente’ y su oposición a la ortodoxia cognitivista, y aunque la reconstrucción de los diversos modos constituye un tema sumamente rico e interesante, excede los límites de este trabajo.⁶ En lo que sigue, ofreceré una caracterización alternativa específica (aunque parcial), cuyo espíritu es el de superar las limitaciones impuestas por la metáfora del ordenador, y sus implicancias conceptuales ligadas a la tesis funcionalista de la realizabilidad múltiple: el cuerpo humano no sería simplemente una implementación del ‘programa’ emocional (entre otras posibles).

Susan Hurley ofrece un interesante diagnóstico sobre la ciencia cognitiva clásica y sus problemáticas. La autora caracteriza a la ciencia cognitiva a partir de lo que denomina el ‘modelo sándwich’ de la mente (1998), puesto que asume la doble disociación de la percepción y la acción, dónde la primera resulta completamente pasiva y la segunda puramente activa. Esta visión input/output a la que opondrá su propuesta, queda exquisitamente resumida en las siguientes líneas:

Una visión de la mente sostenida con mucha frecuencia tiene dos componentes principales. El primero es una visión de la percepción y la acción como separadas la una de la otra y como periféricas. El segundo es una visión del pensamiento o la cognición como el núcleo central de la mente, al menos para las criaturas con habilidades cognitivas. La cognición es virtualmente central, aun si la mera implementación de los procesos cognitivos fuese distribuida. La mente se descompone verticalmente en módulos: la cognición hace de interfaz entre la percepción y la acción. Percepción y acción no sólo están separadas la una de la otra, sino también de los procesos superiores de la cognición. La mente es un tipo de sandwich, y la cognición es el relleno (Hurley 1998, p. 401).

Esta imagen capta a la perfección el espíritu de la ortodoxia cognitiva, y al mismo tiempo permite vislumbrar las razones por las que las emociones quedaran tanto tiempo fuera del interés de los investigadores, así como también explica por qué su incorporación al estudio dentro del paradigma de la ciencia cognitiva se tradujo en una fuerte *cognitivización* del fenómeno. En esta concepción clásica, como también mencioné antes, la cognición se produce en un sistema central que sirve de mediador y transforma la información *recibida* por los sistemas periféricos de entrada (*input*), arrojando resultados a través de sus sistemas de salida (*output*), es decir, la acción. Nótese que el rol mediador de la cognición gravita, a su vez, sobre una concepción –también cristalizada– de la percepción, como sistema receptivo, pasivo, que incorpora de modo transparente (objetivo) cierta información que el mundo le provee, valiéndose de representaciones. De modo que además de la consideración del *modelo sándwich de la cognición*, habría que explicitar la tesis de la “*transparencia de la percepción*”, cuyo cuestionamiento resulta fundamental a fin de proveer una presentación adecuada de qué son y cómo tienen lugar las emociones.

Esta visión segmentada de la mente es la que combaten los enfoques heterodoxos de la mente, tal como expresan Varela, Thompson y Rosch, en el emblemático libro *The Embodied Mind*:

El mundo y quien lo percibe, se definen recíprocamente. Este énfasis en la mutua definición nos permite buscar una vía media ente el Escila de la cognición como recuperación de un mundo externo pre-dado

⁶ Para un análisis detallado de las tesis en juego y la discusión de su interacción o incompatibilidad pueden consultarse los trabajos de Rowlands (2010) y Burdman (2015, 2016).

(realismo) y el Caribdis de la cognición como proyección de un mundo interno pre-dado (idealismo). Ambos extremos se basan en el concepto central de representación: en el primer caso la representación se usa para recobrar lo externo; en el segundo se usa para proyectar lo interno. Nuestra intención es sortear esta geografía lógica de “interno/externo” estudiando la cognición ni como recuperación ni como proyección, sino acción corporizada (Varela, Thompson & Rosch 1991, p. 202).

La reconceptualización de la cognición, de su rol y sus relaciones con otros ‘subsistemas’ de la mente, invita asimismo a una reconceptualización de su relación con el mundo, del modo en el que se constituye el significado. En este contexto, el significado ya no resulta provisto por el mundo de manera acabada o completa. Pero esta situación no debe confundirse con la ‘incompletud’ inherente a la percepción –en el sentido que ofrece Husserl y su versión fenomenológica– que refiere a la variada disponibilidad de escorzos y la multiplicidad de enfoques o perspectivas. Varela, Thompson y Rosch sostienen que el organismo y el medio ambiente están mutuamente plegados [*enfolded*] de múltiples modos, y que “lo que constituye el mundo de un organismo es enactuado por la historia de acoplamiento estructural de ese organismo” (Varela, Thompson & Rosch 1991, p. 235). Así, los autores buscan separarse tanto de enfoques dualistas, dentro de los cuales el organismo se representa internamente estados de cosas en el mundo exterior (predados), como de abordajes radicalmente monistas, como la teoría ecológica de la percepción de J. Gibson (1986).⁷

La percepción directa de oportunidades para la acción implica la percepción directa de significados, y es precisamente aquello lo que posibilita que un mismo objeto físico pueda ser percibido de modo diverso por diferentes animales, o por dos seres humanos con distintos intereses. Gibson rechaza la idea de que los ‘valores’ sólo existan en la palabra o en la mente: si se piensa en términos de un entorno con oportunidades para la acción, no se necesita tomar partido por la disputa cartesiana y asumir que los valores deben ser físicos (objetivos) o mentales (subjetivos): “Existe un solo ambiente, aunque contiene muchos observadores, con oportunidades ilimitadas para que vivan en él” (Gibson 1986, p. 129). Pero lo que es más importante aún, para los efectos de la investigación en emociones, es que,

todas estas ventajas y lesiones, seguridades y peligros, estas oportunidades para la acción negativas y positivas son propiedades de las cosas tomadas con referencia a un observador, pero no propiedades de las experiencias del observador. No son valores subjetivos; no son sentires de placer o dolor añadidos a las percepciones neutrales (Gibson 1986, p. 129).

Aquí Gibson nos está brindando la llave para entrar en el universo de los valores y al mismo tiempo, la clave para sortear el problema de su estatus ontológico: las oportunidades para la acción no pertenecen ni al mundo físico ni al fenoménico, no son exclusivamente materiales, ni tampoco mentales.

⁷ A pesar del distanciamiento explícito que manifiestan en sus textos, cabe destacar que Varela, Thompson y Rosch comparten cierto espíritu con la propuesta de Gibson. Esto es así porque consideran que la idea gibsoniana de que el entorno exhibe ciertas *affordances* –i.e. oportunidades o facilitaciones para ciertas interacciones, vinculadas a las posibilidades sensoriomotoras del organismo– es compatible con su enfoque de la acción guiada perceptivamente o acción corporizada. Sin embargo, también llaman la atención sobre otros aspectos que son incompatibles con su visión enactiva. La teoría ecológica de la percepción visual de Gibson se propone describir la percepción de modo tal que muestre cómo se constituye el entorno o ambiente para quien lo percibe. El concepto clave para dar cuenta de esta constitución de significado perceptivo es la noción de ‘oportunidad para la acción’ [*affordance*], que implica la postulación de propiedades no-físicas, es decir, propiedades que no están en el mundo físico, sino que emergen de la interacción del organismo (con una historia y determinadas capacidades sensorio motoras) con el ambiente. Pero, además, y es allí donde los senderos se bifurcan, para Gibson “el mundo visual resulta de escoger información invariante en un ambiente” (Gibson 1986, p. 197). Es decir, el enfoque ecológico, es una ‘teoría de selección de información’ [*theory of information pickup*], que se ya encuentra dispuesta de modo invariante en la realidad, lista para ser descubierta. Es en este sentido que la teoría de Gibson de la percepción como detección directa es monista, e implica que el ambiente es independiente y está a la espera de ser descubierto (bajo la forma de ‘oportunidad para la acción’). Esto, tomado de modo estricto, es claramente incompatible con el enfoque enactivo, cuya tesis fundamental postula la emergencia del entorno o medio ambiente, que se concibe como enactuado por historias de acoplamiento. No obstante, en la literatura estas diferencias suelen pasarse por alto, primando el espíritu compartido.

Esta sería la clave de la perspectiva corporizada moderna de la mente, que asume una relación transaccional y recursiva entre el cuerpo y la mente (y el entorno), y que al hacerlo no se apoya sobre el dualismo cartesiano que trata a la mente y al cuerpo como causas separadas e independientes de las emociones (Barrett & Lindquist 2008, p. 246).

En la siguiente sección me ocuparé, entonces, de las perspectivas que son manifiestamente ‘heterodoxas’, es decir que defienden y se enmarcan en un paradigma post-cognitivista, tal como la denominan Calvo y Gomila (2008).

3. Enacción, valores y construcción de sentido

El enactivismo es uno de los caminos que tienen origen en el cuestionamiento de las tesis fundamentales de la tradición cognitivista clásica y se caracteriza por defender una concepción de la mente en la que:

1. Los seres vivos son agentes autónomos que activamente generan y mantienen sus identidades, y así enactúan [*enact*] o crean (hacen emerger) sus propios dominios cognitivos.

Esta noción de ‘agente autónomo’ se propone fundamentalmente poner en duda la imagen habitual de un sistema cognitivo (el sujeto) que tiene una relación epistémica con un objeto: el mundo, que exhibe información que se encuentra ya disponible, de modo completo, para quien quiera percibirla. Esa información preexistente sería meramente capturada por el individuo (es información que ingresa a través de los órganos *receptivos*), es decir, es aprehendida por todos los individuos del mismo modo. En su lugar, el enactivismo defiende una posición más bien constructivista,⁸ en la que el individuo es *agente*, esto es, tiene un rol activo en la conformación del objeto que ‘percibe’. La información, el mundo, surge de las continuas interacciones del sujeto con el ambiente: es *transaccional*. De ello se sigue que:

2. El mundo de los seres cognitivos no es un terreno externo, que ha sido especificado previa e independientemente al individuo y que éste se *representa* internamente. Por el contrario, se trata de un dominio relacional, llevado a cabo por la agencia del ser autónomo, y su peculiar modo de vincularse con el ambiente.
3. La cognición es una forma de *acción* corporizada: El acoplamiento sensorio motor entre el organismo y el medio ambiente modula, pero no determina, la formación de patrones endógenos y dinámicos de actividad neural. Esta actividad, a su vez, informa el acoplamiento sensorio motor, de modo que todo el organismo corporizado puede ser visto como un sistema autónomo auto-organizado que crea significado.
4. La experiencia no es un epifenómeno, sino un elemento central de toda búsqueda de comprensión de la mente.

Colombetti y Thompson (2007) sintetizan la revolución conceptual a la que invitan desde el enactivismo, condensando tanto tesis corporizadas como extendidas de la mente, en las que los recursos ambientales desempeñan un rol necesario y constitutivo en la cognición (Clark 1997, Clark &

⁸ Los vínculos teóricos habituales del enactivismo nos remiten hacia la fenomenología, cuyo marco teórico ha sido desarrollado de modo paralelo al de la ciencia cognitiva ortodoxa. Sin embargo, el espíritu de su cuestionamiento es comparable al de la ‘revolución copernicana’ que opera Kant, aun cuando la constitución de ese conocimiento no dependa de categorías (entendidas como formas puras del entendimiento).

Chalmers 1998). En pocas palabras, de acuerdo con la propuesta enactiva, que la mente humana sea corporizada implica, como mínimo, extender los límites de lo mental/cognitivo más allá de los límites del cráneo (i.e. la tesis de la mente extendida). La mente humana es corporizada en el organismo y *situada* en el mundo: “el significado y la experiencia son creados por o llevados a cabo a través de la continua interacción recíproca del cerebro, el cuerpo y el mundo” (Colombetti & Thompson 2007, p. 56).

Este cambio conceptual tiene consecuencias directas sobre la concepción de las emociones, que se manifiestan en particular, a partir de la redefinición de la noción de *valoración* (noción central en el marco de las teorías cognitivas de las emociones):

La valoración no es un proceso cognitivo de evaluación subjetiva ‘en la cabeza’, y la excitación y la conducta no son concomitantes corporales objetivos. Más bien, los eventos corporales son constitutivos de la valoración, tanto estructural como fenomenológicamente (Colombetti & Thompson 2007, p. 58).

Resulta muy interesante ver cómo el enactivismo recupera un rasgo o noción proveniente del marco conceptual previo. Aunque estrictamente su surgimiento es anterior a ‘la revolución de las ciencias cognitivas’ del siglo XX, su apropiación y ulterior desarrollo sí fue responsabilidad de la concepción cognitiva clásica. Me refiero a la visión dimensional, originalmente concebida por Wundt (1910), retomada por Arnold (1960) de la mano de su noción de apreciación o valoración [*appraisal*], y perfeccionada por Lazarus (1991) a partir de su tipificación en temas relacionales centrales. La novedad que opera Colombetti (2005, 2007, 2010, 2014), sin embargo, radica en la comprensión que le cabe de la naturaleza de aquellas valoraciones, en tanto que “evaluar [*evaluating*] el mundo y responder emocionalmente a él no son procesos distintos” (Colombetti 2014, p. 111). Desde su perspectiva enactiva, ella concibe el proceso de valorar “como una actividad del organismo, no separada sino superpuesta con lo que usualmente son vistos como componentes corporales, no cognitivos de las emociones” (Colombetti 2014, p. 112). Es decir, la propuesta de Colombetti va más allá de los planteos que intentaban recuperar el lugar del cuerpo en la emoción, como hacía, por ejemplo, el trabajo de Robinson (2005). Para la última autora, luego de la percepción ‘neutral’ del objeto –en el sentido de no-afectiva– en algunos casos sobreviene una valoración afectiva, que es la responsable de la aparición de los cambios corporales y los sentires correspondientes. En este sentido, la propuesta de Robinson, como la de Prinz, es corporizada, en tanto reivindica el valor del cuerpo, pero no consigue *integrarlo* verdaderamente al funcionamiento cognitivo del sujeto, como un todo orgánico.

Lo interesante de la propuesta enactiva, y la razón por la que la encuentro más adecuada que las versiones híbridas dentro de la ortodoxia (por ejemplo, Robinson 2005), es precisamente que la valoración no surge aquí como consecuencia de una necesidad teórica. En las teorías cognitivas, desde Arnold hasta Lazarus, así como también en la teoría mixta de Robinson, la valoración se introduce en la economía conceptual para atender a una necesidad específica, responder a lo que considero es el enigma fundamental: cómo dar cuenta de la variabilidad de reacciones emocionales, frente a estímulos idénticos. Manteniendo incuestionable la neutralidad de la percepción, la variabilidad debe explicarse por la participación de otro mecanismo. En términos de Arnold:

El estimar cómo nos afecta personalmente parece requerir un paso más allá de la percepción que no puede ser la función de ninguna modalidad sensorial sola ni de todas ellas juntas (Arnold 1960, p. 188).

En el contexto del post-cognitismo es el organismo, en/a través de su corporalidad, el que aprecia, valora o juzga, cuando responde afectivamente. No hay dos instancias ni cosas distintas (como ocurría en la posición anteriormente mencionada de Hanson), sólo está mi cuerpo reaccionando ante determinadas señales y valiéndose de determinados recursos (por ejemplo: los marcadores somáticos de

Damasio (1994). Más aún, descomponer esa valoración, evaluación o juicio en 4, 6 u 8 dimensiones (como hacen Arnold, Lazarus y Scherer), da como resultado una versión superintelectualizante, hiper cognitiva de la emoción y aquello que de hecho sucede cada vez que una emoción tiene lugar en el organismo. Resulta interesante remarcar que el rol protagónico aquí lo tiene el organismo como un todo, que tiene un cuerpo, que está situado en un ambiente o entorno, y es el organismo como un todo quien *valora*: quien ve al entorno y sus potencialidades, de acuerdo con sus intereses, metas, necesidades, etc. dando lugar a ‘peligrosidades’, ‘alegrías’ y demás. No obstante, no se sigue de esto que el análisis y la división de la emoción a partir de la interacción de ciertas dimensiones no tenga sentido. El punto es, más bien, desmontar es *post-hoc*: la emoción ya tuvo lugar, el organismo ya hizo una apreciación de su situación en el entorno, luego, el análisis dimensional podrá funcionar en pos de una racionalización de lo ya acontecido, para dar cuenta de la experiencia vivida.

Nótese que, compartiendo el espíritu conciliador de las versiones híbridas, el enfoque enactivo da un paso más: al quebrar los límites del marco conceptual del cognitivismo clásico, no le ‘suma’ el cuerpo a la cognición, sino que evita la división en primer lugar. En ese sentido, dado que el enactivismo ofrece una respuesta interesante, e iluminadora sobre el problema mente-cuerpo, la teoría de las emociones podría nutrirse de esta idea.

En resumen, la propuesta de Colombetti y Thompson, al reapropiarse de la noción de valoración, más bien hace patente no sólo cuán compatible ésta es con el marco conceptual enactivo, sino incluso, cuánto se avanzaría conceptualmente en un abordaje valorativo, si éste se atreve a reemplazar su concepción cartesiana clásica de la cognición y la mente toda, por aquella propia de la nueva ciencia de la mente. A continuación, entonces, veamos cómo es que opera esta valoración enactiva.

Colombetti (2010) brinda algunas precisiones adicionales respecto del modo en que el organismo asigna valores, valiéndose de la noción enactiva de *construcción de sentido* [*sense-making*]^{9,10} de Di Paolo (2005). Aunque Di Paolo no se ocupe explícitamente de las emociones, Colombetti defiende que las *actividades de construcción de sentido* pueden ser naturalmente entendidas como el ‘reconocimiento del carácter emocional constitutivo de la enacción’ (Colombetti 2010, p. 147). En este sentido, la elaboración adecuada de estas nociones, no sólo arrojaría luz sobre la naturaleza de las emociones, sino que adicionalmente, contribuiría a una mejor comprensión del carácter enactivo de la cognición y la relación organismo/ambiente.

Habida cuenta del problema que surge con la desaparición de causas finales en biología, Weber y Varela (2002) hacen lugar para las *finalidades* de índole natural, echando mano a la teoría de la autopoiesis y su noción de sistema autónomo (Maturana & Varela 1980). Según Weber y Varela los organismos son autopoieticos en dos sentidos, en tanto (1) generan continuamente las condiciones para su propia conservación, esto es, a partir del intercambio con el ambiente, manteniendo cierta temperatura, etc. y así (2) establecen el límite entre ellos mismos y el entorno, constituyéndose a sí mismos como unidades. En esa delimitación/constitución emerge el ‘*punto de vista*’ del organismo, esto es, una perspectiva propia, orientada a la organización autopoietica, es decir, relativa a sus intereses y necesidades para la supervivencia.

⁹ Dada la cercanía de la postulación de estos conceptos, originalmente en inglés, no hay aún una traducción estándar de ellas. Un modo literal de traducirlo de sería ‘dar sentido’ o ‘dotar de sentido’. Pero teniendo en cuenta el tipo de actividad que nombra, i.e. con su carácter dinámico (en sentido de proceso, extendido en el tiempo) y agencial/activo de parte del sujeto, sigo la traducción que hace Burdman (2016) por ‘*construcción de sentido*’.

¹⁰ Son aquellas ‘actividades de construcción de sentido’ las que permiten distinguir entre encuentros netamente físicos y encuentros en tanto sistemas propiamente cognitivos: sólo en los últimos el organismo establece una interacción con el entorno y regula su acoplamiento a él: “Los intercambios con el mundo son inherentemente significativos para el que *conoce* y esto es una propiedad definicional para el sistema cognitivo: la creación y apreciación de sentido o ‘construcción de sentido’ en breve” (De Jaegher & Di Paolo 2007, p. 488).

Esto necesariamente implica adoptar una posición distintiva respecto al surgimiento del significado: el mundo no está ahí afuera, completo, esperando que el organismo lo conozca –se lo represente internamente–. Una vez más, no hay un mundo predado. El entorno es siempre aprehendido como significativo, y ese significado es relativo a la perspectiva o punto de vista de cada sistema vivo. En ese sentido, recuperan parte de la noción de *Umwelt* (von Uexküll 1921) o mundo egocéntrico [*self-centered world*] que rescata la posibilidad de que dos organismos vivos que comparten el mismo ambiente físico-natural, no obstante, tengan distintos mundos significativos, en este sentido egocéntrico.

Pero la idea de ‘construcción de sentido’ de Di Paolo da un paso más. En su búsqueda por dar lugar a la emergencia de distintos niveles de significatividad Di Paolo (2005) propone explicitar un aspecto adicional de los seres vivos: su adaptabilidad [*adaptivity*] (monitoreo, control de regulación interna, control de cambios externos). El punto de Di Paolo es que estas propiedades están directamente implicadas por el presupuesto de que los organismos tienen una perspectiva acerca del mundo, de modo tal que adaptabilidad y autopoiesis “son esenciales para naturalizar la ‘construcción de sentido’” (Di Paolo 2005, p. 430). En resumen, los sistemas vivos, por definición, están motivados a preservar su integridad (autopoiesis) y a satisfacer sus preferencias (adaptabilidad) (Colombetti 2010, p. 149).

La relevancia de este conjunto de distinciones en este contexto radica en que la teoría de la autopoiesis, no es meramente una teoría acerca de los organismos qua sistemas vivos, sino que, siguiendo a Varela (2007, cap. 6) se asume que cualquier sistema autopoietico es un sistema cognitivo. En ese sentido, la teoría de la autopoiesis, como la teoría de la construcción de sentido, son teorías de la cognición de los sistemas vivos, qua sistemas cognitivos. La apuesta, entonces, es que este esquema de pensamiento contribuya, además, a desarrollar una teoría de las emociones. En este esquema, las emociones básicas como miedo, ira, etc. –que fueran el eje de la investigación estándar en ciencia cognitiva–, serían solo “algunos de los muchos modos en los cuales el ‘construcción de sentido’ se manifiesta en la experiencia y el cuerpo” (Colombetti 2010, p. 150).

El principal corolario de esta concepción es que, bajo estos supuestos, emoción y cognición no se distinguen, al menos, cualitativamente. Por el contrario, Colombetti destaca que su perspectiva no admite la posibilidad de que exista cognición no emocional [*emotionless cognition*].

4. Conclusión: hacía una teoría enactiva de las emociones

He dicho que el modo en que la ‘nueva ciencia de la mente’ se opone a la ortodoxia cognitivista no es unívoco, cuestión que se ve agravada por tratarse de un espacio en pleno desarrollo. En este trabajo me encargué de examinar uno de los modos en que se da esta rebelión contra la ortodoxia cognitiva clásica, esto es, en el ámbito del estudio de las emociones, a partir de la reivindicación de nociones como la de corporización, que siendo tan antigua como William James, es ahora revisitada desde el post-cognitivism, configurando un espacio enactivista. El proyecto de Colombetti apunta a proveer una visión enactiva de los aspectos valorativos de las emociones, mostrando que el elemento cognitivo pretendidamente ‘irreducible’ de la visión cognitiva ortodoxa –la valoración–, queda naturalizada en el marco de la ciencia enactiva, a la luz de la noción de la ‘construcción de sentido’. Esto resulta notable, a su vez, en tanto la noción de ‘construcción de sentido’ rige para los organismos vivos en sentido amplio, desde los organismos unicelulares hasta los seres humanos racionales, y este modo de concebir la concebir la vida y la cognición permite evitar ciertas objeciones en torno a la atribución de emociones a animales no humanos y a infantes pre lingüísticos.

Resalté la importancia de la reconceptualización post-cognitivista de la noción de valoración, antiguamente bandera del cognitivism emocional. La postulación original de Arnold y los desarrollos

subsiguientes de la noción de valoración cognitiva, implicaban que la reacción emocional estaba constituida por ciertas apreciaciones que el sujeto realizaba del entorno, y su situación peculiar en él (sus intereses, metas, etc.). Esta formulación inicial implicaba mantener separados los dominios de la percepción y la cognición, puesto que esta valoración cognitiva (constitutiva de la emoción) sobrevendría ulteriormente a la percepción del objeto –percepción que así mantenía su ideal objetivo–. Es decir, la valoración cognitiva nacía para atender el problema de la variabilidad de las respuestas emocionales, frente a los hechos objetivos del mundo (así como también, las teorías cognitivas en su vertiente etiquetadora, brindaba una solución al problema de la unicidad fisiológica en tanto que productora de emociones). Finalmente, resulta notable que aquello que surgía como una consecuencia indeseable o problemática en la discusión original entre enfoques cognitivos y somáticos (dentro de la ortodoxia cognitivista) a saber, el desvanecimiento de los límites precisos entre los dominios cognitivos, emotivos y perceptivos, en este contexto enactivo se convierte en una fortaleza: se conforma como una de sus tesis centrales, siendo la continuidad entre cognición y emoción una reivindicación explícita, en las dos direcciones: las emociones son cognitivas, pero además, la cognición es emocional.

Bibliografía

- Arnold, M. (1960), *Emotion and Personality*, New York: Columbia University Press.
- Barrett, L. F. y K. A. Lindquist (2008), “The Embodiment of Emotion”, en Semin, G. R. y E. R. Smith (eds.), *Embodied Grounding: Social, Cognitive, Affective, and Neuroscientific Approaches*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 237-262.
- Burdman, F. (2015), “El Post-cognitvismo en cuestión: Extensión, corporización y enactivismo”, *Principia* 19(3): 475-495. <https://doi.org/10.5007/1808-1711.2015v19n3p475>
- Burdman, F. (2016), *El Post-cognitvismo: El giro corporizado en filosofía de la mente y ciencias cognitivas*, Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Calvo, P. y T. Gomila (2008), “Directions for and Embodied Cognitive Science: Toward an Integrated Approach”, en Calvo, P. y T. Gomila (eds.), *Handbook of Cognitive Science. An Embodied Approach*, Oxford, UK: Elsevier, pp. 1-25. <https://doi.org/10.1016/B978-0-08-046616-3.00001-3>
- Cannon, W. B. (1927), “The James-Lange Theory of Emotions: A Critical Examination and an Alternative Theory”, *The American Journal of Psychology* 39(1): 106-124. <http://dx.doi.org/10.2307/1415404>
- Clark, A. (1997), *Being There: Putting Brain Body and World Together Again*. <https://doi.org/10.2307/2998391>
- Clark, A. y D. J. Chalmers (1998), “The Extended Mind”, *Analysis* 58: 10-23. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9744.2009.01021.x>
- Colombetti, G. (2005), “Appraising Valence”, *Journal of Comparative Psychology* 12(8): 103-126.
- Colombetti, G. (2007), “Enactive Appraisal”, *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 6(4): 527-546. <https://doi.org/10.1007/s11097-007-9077-8>
- Colombetti, G. (2010), “Enaction, Sense-Making and Emotion”, en Stewart, J., Gapenne, O. y E. A. Di Paolo (eds.), *Enaction: Toward a New Paradigm for Cognitive Science*, Cambridge, MA: The MIT Press, pp. 145-164. <https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262014601.001.0001>
- Colombetti, G. (2014), *The Feeling Body: Affective Science Meets the Enactive Mind*, Cambridge, MA: The MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262019958.001.0001>
- Colombetti, G. y E. Thompson (2007), “The Feeling Body: Towards an Enactive Approach to Emotion”, en Overton,

- W. F., Müller, U. y J. Newman (eds.), *Developmental Perspectives on Embodiment and Consciousness*, New York: Lawrence Erlbaum, pp. 45-68. <https://doi.org/10.1.1.63.7197>
- Damasio, A. R. (1994), *Descartes' Error: Emotion, Reason and the Human Brain*, New York: Grosset/Putnam.
- Damasio, A. R. (1999), *The Feeling of What Happens: Body and Emotion in the Making of Consciousness*, New York: Harcourt Brace. <https://doi.org/10.1353/jsp.2001.0038>
- Damasio, A. R. (2004), "Emotions and Feelings", en Manstead, A., Frijda, N. H. y A. Fischer (eds.), *Feelings and Emotions: The Amsterdam Symposium*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 49-57.
- De Jaegher, H. y E. A. Di Paolo (2007), "Participatory Sense-Making: An Enactive Approach to Social Cognition", *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 6(4): 485-507. <https://doi.org/10.1007/s11097-007-9076-9>
- Di Paolo, E. A. (2005), "Autopoiesis, Adaptivity, Teleology, Agency", *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 4(4): 429-452. <https://doi.org/10.1007/s11097-005-9002-y>
- Gallagher, S. (2005), *How the Body Shapes the Mind*, Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1007/s11023-008-9108-4>
- Gibson, J. J. (1986), *The Ecological Approach to Visual Perception*, New York-London: Taylor & Francis Group. <https://doi.org/10.2307/989638>
- Hacker, P. M. S. (2009), "The Conceptual Framework for the Investigation of Emotions", en Gustafsson, Y., Kronqvist, C. y M. McEachrane (eds.), *Emotions and Understanding: Wittgensteinian Perspectives*, London: Palgrave Macmillan, pp. 43-59. https://doi.org/10.1057/9780230584464_4
- Hanson, N. R. (1971), *Observation and Explanation: A Guide to Philosophy of Science*, New York: Harper & Row. https://doi.org/10.1007/978-94-024-1739-5_5
- Hurley, S. L. (1998), *Consciousness in Action*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- James, W. (1884), "What Is an Emotion?", *Mind* 9: 188-205.
- James, W. (1890), *Principles of Psychology*, Chicago: Encyclopaedia Britannica, Inc.
- Kandel, E. R., Schwartz, J. H. y T. M. Jessell (1997), *Neurociencia y conducta*, Madrid: Prentice Hall.
- Kenny, A. (1963), *Action, Emotion, and Will*, London: Routledge & Kegan Paul.
- Kenny, A. (1989), *The Metaphysics of Mind*, Oxford: Oxford University Press.
- Köhler, W. (1940), *Dynamics in Psychology*, New York: Liveright Publishing Corporation.
- Köhler, W. (1947), *Gestalt Psychology: An Introduction to New Concepts in Modern Psychology*, New York: Liveright Publishing Corporation.
- Kuhn, T. S. (1970), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: The University of Chicago Press. <https://doi.org/10.1119/1.1969660>
- Lazarus, R. S. (1982), "Thoughts on the Relations between Emotion and Cognition", *American Psychologist* 37(9): 1019-1024. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.37.9.1019>
- Lazarus, R. S. (1984), "On the Primacy of Cognition", *American Psychologist* 39(2): 124-129. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.39.2.124>
- Lazarus, R. S. (1991), *Emotion and Adaptation*, New York: Oxford University Press.
- Lyons, W. (1980), *Emotion*, Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511609244>
- Maturana, H. R. y F. J. Varela (1980), *Autopoiesis and Cognition*, Dordrecht: D. Reidel. <https://doi.org/10.1007/978-94-009-8947-4>
- Noë, A. (2004), *Action in Perception*, Cambridge, MA: The MIT Press.

- Noë, A. y E. Thompson (eds.). (2002), *Vision and Mind: Selected Readings in the Philosophy of Perception*, Cambridge MA: MIT Press. <https://doi.org/10.1002/col.10185>
- Prinz, J. J. (2004), *Gut Reactions: A Perceptual Theory of Emotion*, New York: Oxford University Press.
- Prinz, J. J. (2005), "Are Emotions Feelings?", *Journal of Consciousness Studies* 12(8-10): 9-25.
- Rabossi, E. (1995), "Cómo explicar lo mental: cuestiones filosóficas y marcos científicos", en Rabossi, E. (ed.), *Filosofía de la mente y ciencia cognitiva*, Barcelona: Paidós, pp. 17-39.
- Robinson, J. (1995), "Startle", *Journal of Philosophy* 92(2): 53-74. <https://doi.org/10.2307/2940940>
- Robinson, J. (2005), *Deeper than Reason*, New York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199263655.001.0001>
- Rowlands, M. (2010), *The New Science of the Mind: From Extended Mind to Embodied Phenomenology*, Cambridge, MA: The MIT Press.
- Solomon, R. C. (1973), "Emotions and Choice", *Review of Metaphysics* 27(1): 20-41.
- Solomon, R. C. (1976), *The Passions: The Myth and Nature of Human Emotion*, New York: Anchor Press, Doubleday.
- Stewart, J., Gapenne, O. y E. A. Di Paolo (eds.) (2010), *Enaction: Toward a New Paradigm for Cognitive Science*, Cambridge, MA: The MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262014601.001.0001>
- Thompson, E. (2007), *Mind in Life*, Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press. <https://doi.org/10.1086/590596>
- Varela, F. J., Thompson, E. y E. Rosch (1991), *The Embodied Mind: Cognitive Science and Human Experience*, Cambridge, MA: The MIT Press. <https://doi.org/10.1111/j.1468-0149.1965.tb01386.x>
- von Uexküll, J. (1921), *Umwelt und Innenwelt der Tiere*, Berlin: Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-662-24819-5>
- Weber, A. y F. J. Varela (2002), "Life after Kant: Natural Purposes and the Autopoietic Foundations of Biological Individuality", *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 1(2): 97-125. <https://doi.org/10.1023/A:1020368120174>
- Wittgenstein, L. (1988), *Investigaciones Filosóficas*, México: UNAM.
- Wundt, W. (1910), *Principles of Physiological Psychology*, London: Swan Sonnenschein & Co.
- Zajonc, R. B. (1980), "Feeling and Thinking: Preferences Need no Inferences", *American Psychologist* 35(2): 151-175. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.35.2.151>
- Zajonc, R. B. (1984), "On the Primacy of Affect", *American Psychologist* 39(2): 117-123. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.39.2.117>
- Zajonc, R. B. (2001), "Mere Exposure: A Gateway to the Subliminal", *Current Directions in Psychological Science* 10(6): 224-228. <https://doi.org/10.1111/1467-8721.00154>